

Las razones de una protesta

(A monseñor Cirarda)

Los feligreses de la parroquia de San Francisco Javier han hecho público también el siguiente comunicado:

«Una protesta religiosa firme en toda su pureza de intenciones y respetos —cargue cada cual con la responsabilidad de formas que excedan el canto de avemarías— era un trecho más y desesperado que faltaba por intentar el pueblo fiel de Navarra en éste su vía-crucis doloroso de búsqueda angustiada de fidelidad para nuestra iglesia diocesana.

Cartas al señor arzobispo cerradas y abiertas, escritas con sangre y leídas personalmente ante él entre sollozos, artículos periodísticos directos o claramente alusivos, visitas individuales y colectivas —frustración, impotencia y rabia contenida— llamadas telefónicas y encuentros intencionados o fortuitos, miles de firmas sueltas o en grupo, informal o fehacientemente entregadas bajo notario, denuncias orales y escritas, formalmente presentadas y recusadas e insistentemente recurridas, *todo ha resultado inútil*, toda vía ha quedado cerrada a la esperanza de que su autoridad, señor arzobispo, ponga freno a tanto desorden litúrgico, moral, dogmático y disciplinar de sus sacerdotes.

Nuestra protesta, señor arzobispo nos sale contradictoria de afectos pero no de valores, lógica, no absurda, coherente con el sentido sobrenatural de nuestra fe, venciendo martirialmente una gran repugnancia, en lucha dramática entre el respeto al templo y a la jerarquía de una parte y la necesidad vital sobrenatural de supervivencia de la pureza de nuestra fe. Somos católicos marginados y oprimidos en nuestra fidelidad por los continuos ataques de errores doctrinales y morales y abusos litúrgicos sacramentales a que nos someten impunemente muchos de nuestros sacerdotes, sin que, en lugar de hallar en la Jerarquía la seguridad y claridad prometidas a nuestra fe, encontremos en ella otra cosa que la frialdad y las humillaciones y las fáciles y desorientadoras transigencias con el error y con el abuso.

¿Hasta cuándo, señor arzobispo, los católicos fieles tendremos que pasar por carcas, retrógrados o integristas? ¿Hasta cuándo, por culpa del silencio complaciente o complacido de la Jerarquía de cada diócesis, tendrán que aparecer como intransigentes y desfasados y despreciables los sacerdotes más identificados con el Magisterio y Disciplina de la Iglesia y como simpáticamente progresistas y humanitarios los que traicionan día a día sus lealtades solemnemente prometidas, falseando la salvación de Dios con sus inventadas "facilidades" y "descuentos"? ¿Hasta cuándo, señor arzobispo, hasta cuándo?

Porque en su respuesta práctica, visible y eficaz de autoridad en defensa de la fidelidad a la verdad de nuestra Iglesia tiene V.E. la respuesta al "hasta cuándo" lógico y sagrado de nuestra protesta. Solamente en la resurrección luminosa de la verdad y de la fidelidad celebraremos el ágape gozoso del amor tras nuestro prolongado vía-crucis y nuestro calvario. Entonces cesaremos en nuestra protesta; no antes, que no queremos la paz vergonzosa de los felones; y es causa de Dios.

Cuando la fidelidad a Cristo en su Roca de Roma sea la medida de nuestros profetas, sean obispos, párrocos, sacerdotes o laicos, se llamen Cirarda, Osés, Dallo o Rodríguez; cuando no lleguen a tanto las ambigüedades doctrinales y las licencias morales de nuestros predicadores que se siga cotizando como progreso y creatividad el atrevimiento, el error y la indisciplina y como apocamiento superado la fidelidad conservada de nuestros más leales pastores.

Cuando, por ejemplo, el señor arzobispo desautorice públicamente las absoluciones colectivas sin las debidas condicio-

nes... Cuando cesen las parodias litúrgicas y los "autoservicios" eucarísticos y se hagan cumplir las rúbricas sacramentales y del misal... Cuando se haga rectificar públicamente a los que propagan errores morales (adulterio aislado no es pecado mortal) o se llame seriamente la atención a los sacerdotes que consienten que en su presencia y en conferencia parroquial se halaguen toda clase de métodos anticonceptivos... Cuando sea destituido de su cargo de "profesor de teología" quien escribe artículos como el titulado "Divorcio: La postura de la Iglesia equivocada, falaz y cruel"... Cuando veamos que clara, oficial y firmemente se enderezan todas estas cosas, cuando constate-mos con gozo que en nuestra diócesis se empuña y endereza el timón de la fidelidad, entonces, no antes, cesaremos en nuestra protesta.

Apreciamos a don José Ignacio Dallo como sacerdote ejemplar y símbolo de la fidelidad que necesitamos para nosotros y para nuestros hijos, pero, por la paz de la iglesia diocesana, ventajosamente desistiríamos de nuestra postura de protesta en lo que significa defensa particular de un sacerdote fiel que injustamente se nos roba, a cambio de obtener con garantías la seguridad de las otras fidelidades. Don José Ignacio Dallo no tiene otro protagonismo en nuestro drama que el de víctima significativa de nuestra fidelidad amenazada.

Invéntese insultos de "guerrilleros, fascistas, integristas o lefebres" los que quieren envolver en calumnias la verdad puramente religiosa y transcendente de nuestra causa, y lánzanoslas desde el presbiterio los caritativos y transigentes de turno: "Dime quiénes emplean esos insultos y te diré cómo son religiosamente ellos." Analice, señor arzobispo, en las personas más representativas de ambos bandos los criterios y motivaciones de su compromiso y hallará, frente a sus particularismos horizontales o puramente humanos, el saldo claramente religioso de verdad, justicia y fidelidad de nuestro espíritu.

¿Quiénes son ellos? ¿A quién sirven los que tan sañudamente arremeten contra las avemarías de nuestra protesta? ¿Por qué se meten con nosotros los que con tan democrático respeto consienten cualquier otra manifestación callejera? ¿Por respeto al templo muchos que no van al templo más que para los funerales? ¿Por respeto al templo, profanado con avemarías, "desprofanándolo" ellos a su vez con provocaciones e insultos a los pacíficos manifestantes? ¿Por respeto al templo material, indiferentes o ignorantes de la destrucción moral dentro mismo de nuestras iglesias de tantos templos del Espíritu?

Polítenos baratamente o minimicen nuestras intenciones, pero sepan que ante Dios jamás acallarán el alma de nuestras voces. No las acallarán con el número y sus contundencias los violentos, ni con escrúpulos extemporáneos los que conocen nuestra elegancia y nuestro respeto. Sólo lamentaciones tardías turbarían el silencio de muerte que acusaría eternamente a los cobardes que consintieran se ahogase en plena iglesia la voz firme y serena de los valientes confesores de su fe. Cuando muchos médicos-lobos están inyectando en nuestra Iglesia venenos de muerte de falsas doctrinas, no podemos quedarnos a los pies de la cama en silencio por miedo a turbar la "paz" de nuestra Madre.

Ha explotado la indignación religiosa de nuestro pueblo: San Nicolás, Santiago de la Chantrea, San Francisco Javier... ¿Mañana? Suicida sería para nuestra Iglesia Diocesana reforzar con represiones o con parches de melosas caridades sus propios errores o sus injustas actuaciones. La paz se construye con caridad sobre la válvula intaponable de la verdad y de la justicia.»